

Elecciones narrativas en la literatura testimonial concentracionaria de la última dictadura argentina (1987-2011)

Paula Simón*
CONICET - Universidad Nacional de Cuyo
paulacsimon@gmail.com

Resumen: Una de las razones principales por la que se estudia la literatura testimonial es, precisamente, por las dificultades que aún presentan la definición, descripción y clasificación del testimonio, un género literario heterogéneo y de creciente producción en el siglo veinte y veintiuno en diferentes contextos geográficos, históricos, políticos y sociales. Esta comunicación se propone hacer un aporte a la reflexión sobre las características peculiares del testimonio centrándose en un tipo diferenciado, como lo es el testimonio concentracionario escrito por supervivientes de la última dictadura argentina (1976-1983). Se examinarán tres volúmenes publicados entre 1987 y 2011 –a saber: *Pasos bajo el agua*, de Alicia Kozameh (1987); *Poder y desaparición. Los campos de concentración en Argentina* (1998), de Pilar Calveiro; y *Desaparecido. Memorias de un cautiverio*, de Mario Villani y Fernando Reati (2011)– a partir de los cuales se identificarán y analizarán los distintos narradores que se construyen en los textos y que se vinculan tanto con la elaboración discursiva de una experiencia personal traumática, como con los complejos procesos de construcción de las memorias sociales post-traumáticas.

Palabras clave: Testimonio – Narrador – Testigo – Literatura concentracionaria

Abstract: One of the main reasons of studying testimonial literature is precisely the difficulties around the definition, description and classification of testimony, a heterogeneous and expanding literary genre in the twentieth century and also in different geographical contexts, historical, political and social. This paper aims to make a contribution to the reflection on the peculiar characteristics of testimony focusing on a distinct type, as is the written testimony of concentration camp survivors of the last dictatorship in Argentina (1976-1983). Three volumes published between 1987 and 2011 will be examined: *Pasos bajo el agua*, by Alicia Kozameh (1987); *Poder y desaparición. Los campos de concentración en Argentina*, by Pilar Calveiro (1998); and *Desaparecido. Memorias de un cautiverio*, by Mario Villani and Fernando Reati (2011). These

* **Paula Simón:** Investigadora Asistente del Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas (CONICET), con sede de trabajo en el Centro de Literatura Comparada (Facultad de Filosofía y Letras, Universidad Nacional de Cuyo). Se dedica especialmente a la investigación en Literatura Comparada y sus áreas de interés son las relaciones entre literatura y catástrofes históricas, la literatura de exilio y la literatura testimonial concentracionaria tanto en Europa como en América Latina. Participa del Grupo de Estudios del Exilio Literario (GEXEL) de la Universidad Autónoma de Barcelona y publica en revistas académicas nacionales y extranjeras.



works show different narrators, which will be identified and analyzed in this communication, and they are connected to the problem of discursive elaboration of a traumatic personal experience, and, at the same time, to the complex processes of construction of post-traumatic social memory.

Keywords: Testimony – Narrator – Witness – Concentrationary Literature

Una reciente visita a dos centros de detención clandestinos que funcionaron en Capital Federal durante la última dictadura militar –el edificio del Casino de Oficiales en la ex Escuela de Mecánica de la Armada y el Club Atlético– reavivó mi interés por volver a leer algunas obras testimoniales que, como aquellos edificios, dieron cuenta del horror causado por el terrorismo de Estado y vivido por sus autores y autoras en primera persona. Al releer las obras de Nora Strejilevich, Alicia Partnoy, Jacobo Timerman, Alicia Kozameh y Carlos Zamorano, entre otros, no puedo evitar establecer, desde mi posición de lectora, algunos paralelismos interesantes con aquellos edificios que constituyen hoy lugares de la memoria post-dictatorial argentina.

Algunos testigos autores de esas obras depositaron su confianza en la potencialidad referencial del código lingüístico, que de diversas maneras les permitió acercarse a un nunca logrado “grado cero” de la escritura. A través de una descripción detallada, o bien de la construcción de un relato pretendidamente objetivo, explícito, exploraron los caminos para mostrar el pasado reciente con la menor cantidad de mediaciones posibles como si, al leer el texto, el lector caminara por el sótano de la sala de tortura y las oscuras habitaciones de Capucha y Capuchita, donde “la verdad” se descubre ante los propios ojos sin necesidad de recurrir a la imaginación o a los supuestos, porque “lo que ocurrió” se subtitula a través de notas y fragmentos testimoniales que acompañan al visitante a lo largo del trayecto. Otros no se fiaron de la eficacia del relato minucioso y descriptivo y prefirieron atravesar los puentes de la ficción y de la creación literaria, apostando a que cierta distancia y ciertos desvíos que ofrece la escritura literaria les permitieran llegar a una verdad que se resiste a lo inteligible y, al mismo tiempo, les habilitara la posibilidad de responder algunas preguntas troncales (¿Qué contar? ¿Cómo y para qué hacerlo? ¿Por qué sobreviví?). Esos interrogantes se asemejan

notablemente a los que asaltan a quien se acerca a las ruinas del Club Atlético, donde funcionaba el Servicio de Aprovisionamiento y Talleres de la División Administrativa de la Policía Federal, el cual fue demolido en 1979 para construir la autopista 25 de Mayo. Hoy ese edificio en ruinas, situado en una confusión de ruidos de motores y bocinas justo en la intersección de Paseo Colón y Cochabamba, obliga al visitante a ocupar un lugar activo para reconstruir una historia que, basada en los pocos datos conocidos, demanda trabajos de la propia imaginación (¿Quiénes estuvieron recluidos y fueron allí torturados? ¿Por qué? ¿Cómo?).

Desde la finalización de la dictadura militar en 1983 y hasta la actualidad, es posible leer una gran cantidad de obras narrativas escritas por supervivientes –a los que ahora se suman las producciones de la segunda generación, los hijos de padres desaparecidos– que suelen ser definidas con el discutido concepto de “testimonio”. Desde los estudios literarios, esta noción se ha generalizado para aludir a la escritura llevada a cabo por sujetos que han sido testigos directos de determinadas experiencias, en este caso particular vinculadas con la detención, el secuestro, la prisión, la tortura, la violación y demás vejaciones ocasionadas por quienes formaron parte del llamado Proceso de Reorganización Nacional entre 1976 y 1983. De esa producción narrativa que tiene la experiencia personal de sus autores en la base de su estructura, me interesan tres textos entre los cuales se pueden establecer relaciones que permiten avanzar en la discusión acerca de cómo se ha representado discursivamente la experiencia concentracionaria. Me referiré, entonces, a las siguientes obras, publicadas entre 1987 y 2011: *Pasos bajo el agua*, de Alicia Kozameh (1987); *Poder y desaparición. Los campos de concentración en Argentina* (1998), de Pilar Calveiro; y *Desaparecido. Memorias de un cautiverio*, de Mario Villani y Fernando Reati (2011). Estas obras tienen además la particularidad de haber sido publicadas fuera de los límites del país, por lo que dan cuenta de una doble dislocación territorial: la que supone la reclusión en un campo de concentración, es decir, ese espacio que se abre y generaliza en el contexto del estado de excepción y que aparece cuando dentro del espacio jurídico se habilita una zona en la que dejan de

funcionar para el sujeto las garantías constitucionales que lo amparan¹, y la que supone el traslado a un país extranjero, ya sea obligado –el exilio, en los casos de Alicia Kozameh y Pilar Calveiro–, o voluntario, como lo hizo Mario Villani.

Algunos estudios sobre el testimonio se han propuesto interpretar cómo la narrativa testimonial dialoga con la tradición literaria argentina y con la construcción de las valoraciones críticas que han operado para definir y calibrar su participación en la historia literaria argentina, en especial desde hitos significativos como *Operación Masacre*, de Rodolfo Walsh (Maradei). Otros han tomado posición en los debates acerca de la naturaleza y el significado del género testimonial y su condición de existencia, anclada o no en la “verdad” de los acontecimientos que narra. La hibridez del testimonio, en tanto género intermedio entre la ficción y la historia, parece ser una de las ideas predominantes, puesto que da lugar a la concepción de “verdad subjetiva” del testimonio, entendida como “la subjetividad de un individuo de carne y hueso que alude a una verdad histórica desde su posición privilegiada de testigo directo” (Villani y Reati 26).

Sin desconocer esas líneas de análisis, esta comunicación quiere detenerse en uno de los temas troncales que atraviesa la escritura testimonial y sus valoraciones críticas, como lo es la inscripción de la voz narrativa y sus diversas modulaciones en el discurso. Si asumimos, con John Beverley, que la premisa del testimonio es que su narrador sea a la vez el protagonista (o el testigo) de su propio relato (157-160), debemos entonces profundizar en el análisis del narrador, es decir, de la voz que se ubica en la posición de relatar los acontecimientos vividos y cotejables con la experiencia de un sujeto de carne y hueso, puesto que, al explorar las obras que constituyen en la actualidad el corpus de la narrativa testimonial concentracionaria argentina, descubrimos que la primera persona singular de ninguna manera se mantiene constante en la posición de la voz narradora y no siempre se construye con los

¹ Giorgio Agamben lo definió como una porción de territorio situada por fuera del orden jurídico normal, pero que no es simplemente un espacio exterior, sino que se encuentra incluido en el orden jurídico a través de su propia exclusión (Agamben 39).

mismos elementos. Existen alternancias, desplazamientos, variaciones, ocultamientos y matices sobre los que conviene reflexionar.

La inscripción del sujeto-testigo en el relato de los acontecimientos vividos: las modulaciones del narrador

Una aproximación a la narrativa testimonial que se concentre en la construcción del narrador no debe soslayar la noción de que la instancia de la escritura participa en los procesos de elaboración² de la experiencia traumática individual y también colectiva. Dominick Lacapra explica que “el trauma es una experiencia que trastorna, desarticula el yo y genera huecos en la existencia; tiene efectos tardíos imposibles de controlar sino con dificultad y, tal vez, imposibles de dominar plenamente” (63). En el texto testimonial, es decir, aquel discurso producido en el momento post-traumático, se despliegan pistas y señales acerca cómo el sujeto ha ido transitando tanto el proceso de elaboración (duelo), como también el *acting out*, o en otras palabras, las repeticiones compulsivas de esos hechos pasados en el presente que se dan, por ejemplo, en el espacio de los recuerdos y los sueños, y que se traslucen en la escritura literaria. De este modo, como explican Pollak y Heinich, “todo testimonio sobre esta experiencia pone en juego no solamente la memoria (social, colectiva), sino también una reflexión sobre uno mismo, puesto que deben ser considerados como verdaderos instrumentos de reconstrucción de la identidad y no solamente como relatos factuales, limitados a una función informativa” (4, mi traducción)³.

El narrador, entendido como la posición narrativa desde la que se pone en marcha el discurso testimonial, es un elemento constitutivo del texto testimonial que se caracteriza por estar construido sobre la base de una vivencia biográfica significativa del sujeto-autor. Asimismo, se trata de una de

² “La elaboración es un quehacer articulador: en la medida en que elaboramos el trauma (así como las relaciones transferenciales en general), nos es posible distinguir entre pasado y presente, y recordar que algo nos ocurrió (o le ocurrió a nuestra gente) en aquel entonces, dándonos cuenta empero de que vivimos aquí y ahora, y hay puertas hacia el futuro (...) los procesos de elaboración pueden contrarrestar la fuerza del *acting out* y de la compulsión a la repetición” (Lacapra 46).

³ “Les témoignages doivent être considérés comme de véritables instruments de reconstruction de l'identité, et pas seulement comme des récits factuels, limités à une fonction informative” (Pollak y Heinich 4)

las decisiones más importantes que toma el testigo autor en el momento de la escritura, puesto que el narrador es el encargado de organizar, seleccionar y articular el material narrativo. Si bien las primeras conceptualizaciones sobre el testimonio establecían un nexo indiscutido entre el sujeto de carne y hueso y la primera persona gramatical, lo cierto es que, de acuerdo con el corpus que hoy manejamos, no es ésta una condición *sine qua non* para definir y describir la narración testimonial concentracionaria, puesto que el narrador adopta diversas posiciones que exceden la individualidad de la primera persona gramatical. Conviene, por tanto, analizarlo en relación con las marcas de la subjetividad, es decir, los rastros lingüísticos que deja la primera persona en el discurso testimonial. En primer lugar, la posición más frecuente, como advirtió John Beverley, es la primera persona singular, el “yo testimonial” que se ubica en el rol protagónico de los acontecimientos, cimentado sobre la base de la legitimidad que le da el lugar de testigo. Esta voz narrativa es similar a la que se construye en el ámbito judicial, cuando el testimonio es utilizado como prueba para confirmar la verdad de los acontecimientos (“yo vi”, “yo viví”, etc.). En segundo lugar, la voz narrativa en muchos testimonios practica desplazamientos o alternancias que provocan diversos efectos estéticos y que van desde la primera persona gramatical hacia otras posiciones, ya sea la tercera persona (con posibles modificaciones de referentes) y la primera persona plural, que generalmente remite a un colectivo de pertenencia. Por último, en algunos casos particulares, el narrador en primera persona voluntariamente se oculta en el discurso a fin de generar un distanciamiento objetivo entre el contenido del relato y la voz narradora que, como plantea la definición que Beverley ofreció del testimonio, representa, contiene, toma el lugar discursivo del sujeto de carne y hueso que atravesó la experiencia narrada. Aún en estos casos, es posible recuperar marcas de la subjetividad que están presentes en el relato precisamente por ese anclaje de la experiencia personal en el texto.

***Pasos bajo el agua*, de Alicia Kozameh (1987)**

Alicia Kozameh nació en Rosario en el año 1953. En 1975, mientras estudiaba Filosofía y Letras y a causa de su militancia en el Partido Revolucionario de los Trabajadores (PRT), fue apresada y encarcelada en la Alcaldía de Mujeres de la Jefatura de Policía de Rosario. Tiempo más tarde, la trasladaron a la cárcel de Villa Devoto, donde permaneció hasta 1978, cuando logró salir por una amnistía de Navidad. Luego de unos meses de libertad vigilada, pudo exiliarse en California y luego en México. Consiguió trabajo en agencias de prensa y redacciones de revistas, pero en 1984 decidió regresar al país. Cuando en 1987, ya en tiempos de democracia, publicó *Pasos bajo el agua* en la editorial Contrapunto, recibió amenazas de parte de miembros de la policía, que la hicieron regresar a Los Ángeles, ciudad en la que reside y trabaja como escritora y docente universitaria.

Si bien su primera obra, *Pasos bajo el agua*, se refiere principalmente a su experiencia en la Alcaldía y en la cárcel de Devoto, la autora insiste en diferenciarla de un “testimonio”, puesto que lo entiende como un relato apegado a la verdad y a la verificabilidad de los acontecimientos relatados, útil a efectos judiciales. Por tanto, elige catalogarla como “novela”, aunque agregando que “lo sustancial de cada uno [de los episodios] es verdadero, sucedió, lo viví yo misma o lo vivieron otras compañeras y yo lo supe...” (Kozameh 7). Este contrapunto entre una narración entendida como un acto verificable y una novela que supone la presencia de elementos ficticios ubican la obra en el plano de la autoficción, definida por Serge Doubrovsky como un texto que funciona entre la dimensión autobiográfica y novelesca, en un lugar indefinido y ambiguo que construye una constante remisión de una y otra (70)⁴. En una entrevista del año 2000 Alicia Kozameh explicaba su posicionamiento frente al deber de testimoniar, el cual explica su inclinación por evitar el concepto de “testimonio” para definir su producción narrativa: “la mediación de la ficción, lo que ya sabemos que es la distancia establecida por el juego/trabajo ficcional, por la idea de que los personajes no son uno mismo, me salva” (Boccanera 13). En su manera de afrontar la experiencia traumática y

⁴ “Ni autobiographie ni roman, donc, au sens strict, il [le texte] fonctionne dans l’entre-deux, en un renvoi incessant, en un lieu impossible et insaisissable ailleurs que dans la operation du texte” (Doubrovsky 70).

cumplir, al mismo tiempo, con el mandato social que recae sobre el testigo, la ficción novelesca es un medio asequible para contar la vivencia, pero sin las ataduras convencionales que rodean al testimonio desde el punto de vista jurídico (organización lógico-cronológica de los acontecimientos, descripción detallada de lugares, personas, acontecimientos, etc.). La crítica literaria le ha concedido a *Pasos bajo el agua* el carácter de “novela testimonial”, una categoría de cierta andadura en la literatura latinoamericana –remite directamente a Miguel Barnet, quien así denominara su obra *Biografía de un cimarrón*⁵– que permite fijar la contraposición no estable entre lo real y lo ficticio: “[*Pasos bajo el agua*] reúne elementos ficticios y procedimientos literarios con ingredientes testimoniales, es decir, ‘reales’, ‘auténticos’, cotejables con la experiencia histórica” (Pfeiffer).

La estructura de la novela y el narrador reflejan el estatuto inestable entre realidad y ficción que suscribe la autora. En el primer capítulo, se presenta en tercera persona a Sara, quien acaba de salir de la cárcel luego de tres años. Se identifica en este inicio un narrador omnisciente con focalización interna en el personaje presentado, lo cual se presenta como la primera clave autobiográfica que permite al lector establecer una referencia entre la autora y el personaje. Muy pronto, y sin avisos ni marcas textuales que confirmen un monólogo interior, ese narrador en tercera persona cede la conducción del relato a la primera persona: “Qué hago aquí, con el cuerpo como pegado a esta terraza, a esta canilla, a este geranio, a este cielo azul tan de río que tanto se esmeran en convencerme de que son verdad...” (Kozameh 13). También de forma imprevisible la primera persona devuelve la voz narrativa a la tercera posición, configurándose de este modo un mecanismo de alternancia entre una y otra que prevalece a lo largo del relato de manera arbitraria.

Lejana a un ordenamiento secuencial, la historia de Sara se va ofreciendo de manera fragmentaria y sujeta a saltos en el tiempo, liderados por los mecanismos del recuerdo. El lector debe asumir una posición activa frente a la lectura para reconstruir el día del secuestro, la detención de Hugo, los años

⁵ Explica Barnet, a propósito de este concepto, que “la única manera en que un autor puede sacarle el mayor provecho a un fenómeno es aplicando su fantasía, inventando dentro de una esencia real” (Barnet 292)

en la Alcaidía, el traslado a Devoto, la historia de algunas compañeras de cautiverio y la salida al exilio. Esta elección narrativa no es caprichosa, sino que responde a un sentimiento del personaje protagonista que se transfiere a la estructura del texto: “Creo que no puedo ver lo que hago, escuchar lo que digo. Soy una especie de rompecabezas que tengo que armar cada día para reconocermé. Para ser la que originalmente soy. Han cambiado muchas cosas en los últimos años” (Kozameh 63).

Otro elemento interesante que aparece en la obra y que influye en la construcción del narrador es la presencia de interlocutores de la protagonista Sara. Estos “otros” se hace presentes a través de la explicitación de la segunda persona que aparece con frecuencia encarnando otros personajes, identificados con compañeros y compañeras de militancia. Esto le confiere a la novela una estructura dialógica:

Por qué, cuando estás aburrida, lo único que se te ocurre es *me voy a charlar con Sara*. Mejor dicho, a hacer hablar a Sara. Porque vos, calladita. Yo debiera haber elegido otro oficio. En el mundo del espectáculo, por ejemplo. Esto de ser exiliada política y como agravante escritora, no sé, no parece que ayude. Con el agregado de amigas como vos, que en vez de apoyar la recuperación integral de la gente contribuyen notablemente al desequilibrio (Kozameh 81)

La segunda persona es la depositaria del testimonio dentro de la diégesis, un mecanismo que recupera una de las características esenciales y también una condición de posibilidad del testimonio, que es la necesidad de la presencia de “otro” que esté predispuesto a escuchar el relato.

Poder y desaparición. Los campos de concentración en Argentina, de Pilar Calveiro (1998)

Desde 1998, año en que fue editado por primera vez, este volumen cuenta al menos seis reimpressiones. Su autora, nacida también en 1953 y sobreviviente de tres centros de detención clandestinos –Mansión Seré, la comisaría de Castelar y la Escuela de Mecánica de la Armada, donde estuvo entre 1977 y 1978–, se exilió en España y luego en México, país en el que

reside desde 1979 y donde se desempeña como docente e investigadora en Ciencias Políticas.

A pesar de que la crítica literaria suele estudiarlo en el marco de los trabajos sobre la literatura testimonial, al referirse a *Poder y desaparición...* su autora prefiere deponer el concepto de “testimonio” para definirlo, puesto que, a su juicio, esta identificación se adscribe especialmente al plano judicial⁶ y a su potencial como herramienta de acceso al saber histórico. En un artículo de 2006 y desde una perspectiva historiográfica, Calveiro recupera conceptos de la fenomenología para debatir acerca de la condición de verdad del testimonio. Acerca de esto, opina que

el testimonio, como todo discurso, implica una 'construcción' de la experiencia y no su 'calca'. Si tanto el testimonio como la teoría realizan construcciones, ¿en qué sentido puede haber en ellos una pretensión de verdad? El discurso académico suele ser engañoso porque, en la mayor parte de los casos, desdibuja al sujeto que enuncia, creando la ilusión de que estamos frente a la sola 'realidad' del sujeto-objeto enunciado. Por su parte, el testimonio podría ser igualmente engañoso, aunque en un sentido inverso. La primera persona puede sugerir la perfecta coincidencia entre el sujeto que enuncia y lo enunciado, una suerte de 'calca' de uno sobre el otro que nos permitiría escapar de las posibles discrepancias y establecer una 'verdad' última desde el 'yo estuve ahí' (Calveiro Testimonio 76-77)

Poder y desaparición... se sustenta sobre la base de esta preocupación por construir “un relato verídico” y propone una instancia superadora de las limitaciones presentes en ambos tipos de discurso en la medida en que entrelaza la visión particular del testimonio con la voluntad generalizadora del discurso histórico. Por ese motivo, la voz narrativa se desmarca de la primera persona que fragmenta y parcela el conocimiento, para componer una estructura con afán de totalidad ubicándose en la tercera persona gramatical. De esta forma, intenta superar la subjetividad de la experiencia individual, inevitablemente anclada en referentes emocionales y afectivos, y así no

⁶ "Los testimonios de las víctimas son el primer paso que, junto a un trabajo más amplio de restitución de la memoria social, abren la posibilidad de procesos legales, las más de las veces muy limitados por el propio Estado" (Calveiro, 2006)

solamente logra describir experiencias singulares en diversos campos de concentración, que se revelan en cada uno de los testimonios que reúne el ensayo, sino también explicar todo el aparato represivo y el universo concentracionario que desarrolló el terrorismo de Estado en Argentina, así como también las responsabilidades que recaen sobre los diversos actores políticos y sociales y las vinculaciones históricas con otros procesos similares en el siglo veinte, especialmente el nacionalsocialismo alemán.

Al observar la posición de la voz narrativa, se confirma que la tercera persona gramatical domina casi por completo el relato de los acontecimientos y las explicaciones teóricas. Sin embargo, existen marcas textuales, que dejan entrever rastros de la subjetividad que remiten a la experiencia biográfica que también se encuentra en la base del texto y que lo devuelven a su categoría de testimonio y que lo hacen interesante para el análisis. Una de ellas es la inclusión del nombre propio de la autora como ejemplo de uno de los procesos más conocidos de des-identificación puestos en marcha en los centros de detención clandestinos:

Desde la llegada a la cuadra de La Perla, a los pabellones en Campo de Mayo, a la capucha en la Escuela de Mecánica, a las celdas en El Atlético o como se llamara el depósito correspondiente, el prisionero perdía su nombre, su más elemental pertenencia, y se le asignaba un número al que debía responder. Comenzaba el proceso de desaparición de la identidad, cuyo punto final serían los NN (Lila Pastoriza: 348; Pilar Calveiro: 362; Oscar Alfredo González: X51) (...) Como en el sueño nazi, supresión de la identidad, hombres que se desvanecen en la noche y la niebla (Calveiro *Poder y desaparición* 47).

La inserción del nombre propio de la autora para ejemplificar uno de los mecanismos que desplegó el terrorismo de Estado a fin de despojar a los sujetos de su identidad actúa como un guiño al lector que refuerza la idea de que el relato aspira a una totalidad o generalización, pero sin olvidar la base en la experiencia individual y subjetiva. Es interesante que en el mismo párrafo se reconozca un recurso literario –la metáfora que alude al documental de Alain

Resnais sobre los campos de exterminio nazis, realizado en 1955⁷—, el cual provoca un efecto estético que se distancia del registro del discurso académico racional y se aproxima al discurso literario.

A pesar del relegamiento del “yo testimonial” como narrador protagonista al que le ocurren los hechos narrados, la primera persona no está ausente en la superficie del relato, puesto que aparece bajo la forma de un “yo ensayístico” que expresa opiniones y argumentos:

Una posibilidad de alternativa al pensamiento binario lo constituye la idea de que en la lucha política no hay enfrentamientos entre blancos y negros sino sucesivas gamas de gris; por cierto, ésta es una imagen que aparece en distintos testimonios. Desde este punto de vista, *que es el que intento sustentar en este trabajo*, ni la guerrilla ni los militares, ni por supuesto los campos de concentración constituyeron algo ajeno a la sociedad en su conjunto (Calveiro *Poder y desaparición* 98).

Una primera persona que puede estar detrás de cualquiera de los testimonios que cita a lo largo del ensayo (o trabajo, como prefiere definirlo el narrador) y que aparece tanto en singular, es el caso del fragmento citado, como en plural, especialmente cuando ofrece las últimas conclusiones:

Es cierto, a mediados de la década del 90 han pasado algunas cosas y parecemos estar inmersos en una posmodernidad que rechaza las estructuras uniformes. Nuestro mundo computarizado tiende a generar sistemas personalizados y descentralizados que parecen poco compatibles con la modalidad represiva concentracionaria (...) Creo que un ejercicio interesante sería intentar comprender cómo se recicla el poder desaparecedor (Calveiro *Poder y desaparición* 168-169).

Estas apariciones de la primera persona gramatical identificada con la voz de la autora en el plano ensayístico y los giros literarios recurrentes,

⁷ La expresión “noche y niebla” había sido utilizada eufemísticamente en 1941 por el tercer Reich para referirse a las “Directivas para la persecución de las infracciones cometidas contra el Reich o las Fuerzas de Ocupación en los Territorios Ocupados” bajo la fórmula “Decreto NN” (Nacht und Nebel), en el cual se presentaban directrices para la represión y eliminación física de oponentes políticos al [régimen nazi](#) en los territorios ocupados, así como también de combatientes enemigos miembros de la [Resistencia](#) y de [prisioneros de guerra](#) de las [Fuerzas Aliadas durante la Segunda Guerra Mundial](#).

sumados a la reunión de numerosos testimonios que se convocan e intercalan en la argumentación teórica, imprimen una fuerte impronta de la subjetividad en el texto y una definitiva renuncia al discurso histórico positivista y racional caracterizado por una objetividad y asepsia, que, como nos han demostrado las nuevas líneas de la historiografía, son imposibles.

Desaparecido. Memorias de un cautiverio, de Mario Villani y Fernando Reati (2011)

Desaparecido... es el testimonio de Mario Villani, recogido entre 2008 y 2010 por Fernando Reati gracias a varias entrevistas e intercambios de correos electrónicos, en el cual el mismo Villani relata en primera persona su paso por cinco centros de detención clandestinos de Buenos Aires: Club Atlético, el Banco, Garage Olimpo, Pozo de Quilmes y la Escuela de Mecánica de la Armada. Desde su publicación, este texto ha comenzado a formar parte indiscutible de ese conjunto de voces creciente de los testigos que han contado y publicado en formato de libro su experiencia de persecución, tortura y prisión clandestina durante la última dictadura militar argentina desde los tempranos años ochenta.

Con respecto a la construcción de la voz narradora, este texto recupera los elementos que la crítica literaria latinoamericana construyó para definir el testimonio: la presencia de un informante, el testigo, el superviviente, que en la teoría del testimonio latinoamericano frecuentemente pertenecía a una minoría subalterna perteneciente a la cultura iletrada y a la tradición oral; y un mediador, que gracias a su posibilidad de acceso a la cultura letrada, era el encargado de traducir o transmitir el relato del informante. Esta estructura es la que aparece en obras consideradas canónicas en la literatura latinoamericana, tales como *Biografía de un cimarrón* (1966), de Miguel Barnet; *La guerrilla tupamara* (1970), de María Esther Gilio; *Huillca: habla un campesino peruano* (1974), de Hugo Neira Samanez y *Me llamo Rigoberta Menchú y así me nació la conciencia* (1983), entre otros.

Sin embargo, si bien dicha estructura se mantiene, en este caso tanto el autor como el editor son dos supervivientes que han adquirido, desde diversos

roles, un compromiso con la memoria de los desaparecidos, sus familiares y amigos. Por un lado, Mario Villani, la voz narradora del relato, arrestado en 1977 por un grupo armado, torturado y obligado a permanecer en los cinco centros clandestinos que enumera el subtítulo. Por otro lado, Fernando Reati, compilador y editor, tuvo un contacto fugaz con el mundo de los centros clandestinos en 1976, cuando permaneció ocho días en una cárcel de Córdoba. Tiempo después, se mudó a Estados Unidos, donde emprendió estudios sobre la literatura testimonial concentracionaria, la memoria, el Holocausto, etc. Desde entonces, sus temas de investigación giran en torno a dichos ejes. Ambos muestran en simultáneo dos posturas posibles con respecto a la experiencia traumática concentracionaria: la de quien lo ha vivido en primera persona y se dispone a ejercer el derecho y el deber moral del relato; y la de quien logra establecer una distancia con respecto a la vivencia y la construye como un objeto de estudio con el cual mantiene un compromiso férreo e inquebrantable, cuyas reflexiones se transmiten en el estudio introductorio del volumen.

En cuanto al narrador del relato testimonial, se observa una primera persona singular sólida que se sostiene a lo largo del texto –“Soy un ex desaparecido, un sobreviviente, o si se quiere un desaparecido *reaparecido*” (Villani, 2011: 35)– y que aclara el trabajo de producción compartido:

Afortunadamente surgió la propuesta de mi querido amigo y escritor, Fernando Reati, de hacer de este libro un trabajo conjunto. Tras una larga serie de entrevistas grabadas, que él desgrabó y a las que – reflejando fielmente mis dichos– les dio forma literaria, el libro pudo concretarse (Villani y Reati 35-36)

El deber de testimoniar prevalece luego de treinta años desde que finalizó la dictadura, continuando un proceso de rememoración, reivindicación y reparación que sigue vigente y que pasa por las vértebras de la expresión literaria.

Comentarios finales

Las obras comentadas, que han dado cuenta de las experiencias concentracionarias vividas por los testigos autores en el contexto de la última dictadura militar en Argentina, ofrecen variaciones en cuanto a los caminos elegidos por esos sujetos para construir la voz narradora de sus testimonios. Esto implica una reflexión por parte de los autores acerca de cómo instalar la subjetividad, es decir, cómo instalarse a sí mismos –lo que no es equivalente, como se ha observado, a la construcción estable de la primera persona gramatical– en un relato surgido a partir de una experiencia que fue individual y única, pero también colectiva, en la medida en que estos textos persiguen una intención reivindicativa y restauradora de identidades violentadas social y políticamente que compartieron núcleos comunes de referencia, por ejemplo, en el ámbito de la militancia.

Al revisar algunos de los mecanismos que estos autores han puesto en marcha para relatar el paso por el campo de concentración, así como también el exilio, se visibilizan algunas de las decisiones más importantes que tomaron los testigos en el momento de posicionarse con respecto a su experiencia para organizar y articular su propia versión de los acontecimientos, confiando más o menos en el potencial y la eficacia del código lingüístico referencial. Asimismo, se pueden interpretar las decisiones acerca de qué lugar pretende ocupar ese testigo en la red de relatos, muchas veces cargada de tensiones y contradicciones, sobre el pasado reciente.

Bibliografía

- Agamben, Giorgio. *Medios sin fin*. Valencia: Pre-Textos, 2012.
- Barnet, Miguel. “La novela testimonio. Socioliteratura”. Jara, René y Hernán Vidal (eds). *Testimonio y literatura*. Minneapolis: Institute for the Study of Ideology and Literature, 1986, 280-302
- Beverly, John. *Del “Lazarillo” al Sandinismo: estudios sobre la función ideológica de la literatura española e hispanoamericana*. Minneapolis: Institute for the Study of Ideologies and Literatures/Prisma Institute, 1987.

Boccanera, Jorge. *Redes de la memoria*. Buenos Aires: Instituto movilizador de Fondos Cooperativos, 2000.

Calveiro, Pilar. "Testimonio y memoria en el relato histórico". *Acta Poética*. 27, 2 (otoño 2006), 65-86.

------. *Poder y desaparición. Los campos de concentración en Argentina*. Buenos Aires: Colihue, 2008.

Doubrovsky, Serge. *Autobiographiques: de Corneille a Sartre*. París: PUF, 1988.

Kozameh, Alicia. *Pasos bajo el agua*. Córdoba: Alción, 2006.

Lacpra, Dominick. *Escribir la historia, escribir el trauma*. Buenos Aires: Nueva Visión, 2005.

Maradei, Guadalupe. "[Valorizaciones del género testimonial en las nuevas historias de la literatura argentina](#)". IV Seminario Internacional Políticas de la Memoria "Ampliación del campo de los derechos humanos. Memoria y perspectivas", Buenos Aires, del 29 de septiembre al 1º de octubre de 2011, Centro Cultural Haroldo Conti.
http://conti.derhuman.jus.gov.ar/2011/10/mesa_12/maradei_mesa_12.pdf. Consultado por última vez el 10 de mayo de 2014.

Pfeiffer, Erna. "La historia como memoria personal y elaboración literaria". *Destiempos.com*. 3, 13 (marzo-abril, 2008), http://www.destiempos.com/n13/ErnaPfeiffer_13.htm. Consultado por última vez el 10 de mayo de 2014.

Pollak, Michael y Natalie Heinich. "Le témoignage". *Actes de la recherche en Sciences Sociales*. 62/63 (1986), pp. 3-29.

Villani, Mario y Fernando Reati (2011). *Desaparecido. Memorias de un cautiverio. Club Atlético, el Banco, el Olimpo, Pozo de Quilmes y ESMA*. Buenos Aires: Biblos.